

Cómo vivir «a pesar de...»

«... yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Juan 10.10)

La expresión «vida abundante» se refiere a una vida desbordante, victoriosa y arrolladora: una vida que satisface, que llena y tranquiliza, una vida que conserva, perpetúa y prepara. En realidad, así es como se lee esta oración en el texto griego original: «Yo he venido para que puedan mantenerse teniendo vida abundante». La Biblia dice: «En él estaba la vida» (Juan 1.4); «El que tiene al Hijo, tiene la vida» (1^{era} Juan 5.12).

Uno no tiene que ir muy lejos para hallar personas que no tienen la vida abundante. De hecho, ni siquiera es necesario salir del servicio de adoración para hallar algunos que no la tienen. Hay quienes tienen *abundancia (de cosas) en la vida* que jamás soñaron con tener la *vida abundante*.

J. Paul Getty fue aparentemente, en cierto momento, el hombre más rico del mundo. Murió en 1976. Su biógrafo escribió un artículo sobre él, en el cual cuenta que la mansión de Getty estaba rodeada de fieros perros, todas las quinientas ventanas estaban enrejadas, la puerta de su dormitorio estaba empotrada en acero, y todas las noches se apostaba a la ventana de la habitación un guarda con un perro de presa. El señor Getty se casó cinco veces, y todos estos matrimonios acabaron en divorcio. Tuvo cinco hijos con cuatro de sus esposas. No estuvo unido a ninguno de ellos. Cuando su hijo Tim murió de cáncer cerebral, el señor Getty ni siquiera asistió al funeral. Otro hijo, George, cometió suicidio. Aun otro, Paul, Jr., fue desheredado por usar de drogas, después de lo cual su padre nunca lo volvió a ver. Cuando uno de sus nietos fue secuestrado, Getty creyó que el chico simplemente estaba tratando de extorsionarlo. Por lo tanto, rehusó pagar el rescate hasta que los secuestradores cortaron una

oreja al muchacho y la enviaron por correo a la policía. El biógrafo llegó a la conclusión de que el hombre más rico del mundo jamás se sintió rico. Le asaltaba el temor de que todo el mundo estaba tras su dinero. Así, fue más mezquino con su amor que con su dinero.

Si bien el anterior es un extremo, nos recuerda que el mundo está lleno de gente que jamás ha tenido la menor idea de lo que nuestro Señor dio a entender cuando dijo: «... yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia».

Es incluso posible ser alguien que asiste regularmente a la iglesia, ser un invitado frecuente en la asamblea donde Dios es adorado, y no tener vida abundante. Aunque parezca increíble, hay iglesias y personas religiosas para quienes el amor es casi un extraño, y para quienes el gozo y la paz son unos desconocidos.

No quisiera darle a Juan 10.10 un significado que el Señor no le dio, dando la impresión de que cuando usted venga a Cristo ya no volverá a padecer dolor o molestia alguna. Es obvio que el dolor y la pena son parte de los apuros de la vida. Cuando vinimos a este mundo, tuvimos que aceptar que este traía consigo el sufrimiento. Lo que se nos promete es que de algún modo, si bien el cristiano no puede vivir una vida libre de problemas, sí puede tener una vida abundante. Podemos tener la firmeza de carácter y la fortaleza espiritual necesarias para enfrentar lo que sea que la vida nos depare.

A PESAR DE LA CALAMIDAD

En Romanos 8, Pablo mencionó las adversidades que habían sobrevenido o que sobrevenirían a las personas a las cuales estaba escribiendo: tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro y espada (vers.º 35).

Estas personas eran sencillamente como nosotros. Pablo preguntó: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?». Y luego anunció esta conclusión: «Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó» (vers.^{os} 37–39). Pablo afirmó que somos más que vencedores. En la New English Bible se lee: «La victoria vencedora es nuestra por medio de aquel que nos amó». Da igual una y otra lectura. Lo que Pablo dijo fue esto: «Por medio de Cristo, tenemos una victoria arrolladora. Somos más que vencedores».

A PESAR DE LOS CONFLICTOS

Pablo hizo tres preguntas en Romanos 8. En primer lugar, preguntó: «Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?» (vers.^o 31). Son muchas las respuestas que podrían darse a esta pregunta. El mundo puede estar en contra de nosotros, los paganos pueden estar contra nosotros e incluso nuestra familia puede estar contra nosotros; pero para los que son más que vencedores, en realidad no importa.

A PESAR DE LA CENSURA

El apóstol planteó una segunda pregunta: «¿Quién acusará a los escogidos de Dios?» (vers.^o 33). La respuesta a esta pregunta es que puede haber cualquier cantidad de personas que lo hace. En todo el mundo uno puede hallar personas que están acusando a los escogidos de Dios. Sin embargo, Pablo responde: «... en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó» (vers.^o 37).

A PESAR DE LAS CIRCUNSTANCIAS

La tercera pregunta que planteó fue esta: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?». Menciona varias posibilidades: «¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?» (vers.^o 35). Luego respondió: «Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó» (vers.^o 37).

El capítulo llega a una gran conclusión. Si uno tuviera que escoger un pasaje para hacer que le lean cuando está muriendo, no conozco dónde podría encontrar mejor pasaje que estos dos versículos de Romanos 8:

Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro (vers.^{os} 38–39).

Sea que el mañana lo sorprenda a uno en el polvo de la muerte o en el bullicio de la vida, no será separado del amor de Dios. Pablo dijo: «ni lo presente, ni lo por venir» nos podrá separar. Ninguno de los escalofrantes presentimientos del pronóstico relacionado con mañana, no importa si llegan a materializarse, ellos no nos podrán separar del amor de Dios. Pablo dijo: «ni lo alto, ni lo profundo». Si un meteoro se estrellara contra la tierra, como aparentemente sucedió en siglos pasados, esto no nos separaría del amor de Dios. Si una fisura apareciera en la corteza terrestre y las rechinantes placas tectónicas se juntaran, como sucederá algún día, esto no nos separará del amor de Dios.

Pablo llegó incluso a afirmar: «... ni ninguna otra cosa creada». Han pasado muchos años desde que el hombre puso pie en la luna. ¡Qué evento más trascendental fue ese! Algún día esperamos explorar los planetas del universo. ¿Quién sabe lo que deparará el futuro? Si llegarán a encontrarse otras criaturas en el universo (aunque dudamos que tal cosa llegue a ocurrir), podemos sencillamente recordar las palabras de Pablo: «... ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios». Somos más que vencedores. En realidad, la palabra griega que Pablo usa aquí es *huper*, de la cual obtenemos la palabra de nuestra idioma «hiper». Somos *huper* vencedores; somos hiper vencedores; somos más que vencedores.

¿Vivirá usted una vida libre de problemas? Por supuesto que no. ¿Habrá momentos cuando a uno le sobrevendrán pesares en marejada? Sí los habrá, y casi lo aplastarán. Pero uno será más que vencedor por Cristo.

Una noche entró una dama al servicio de adoración de la iglesia en Winchester, se sentó junto a mi esposa, y habló muy agradablemente. Ella sonrió, cantó, inclinó su rostro cuando oramos, y escuchó atentamente el sermón. Mi esposa no supo sino hasta después del servicio que esa estimada dama cristiana recién había enterrado a su esposo esa tarde. Ella y su esposo habían hecho un pacto en el sentido de que nada en la vida ni en la muerte los separaría del amor de Dios. Él tenía que ir al Paraíso y allí la esperaba, y ella seguiría en el servicio a Cristo aquí sin interrumpirlo. Ella estaba cumpliendo su parte del trato.

¿Quién nos separará del amor de Cristo? La clave de la respuesta está en mantenerse uno en el amor de Cristo, en ser fiel en la obra del Señor. Note lo que Pablo dijo: «Antes en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de [Cristo]

que nos amó». Romanos 8 comienza con estas palabras: «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (vers.º 1). El capítulo cierra con la afirmación en el sentido de que nada «nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro» (vers.º 39). ¡Qué alentador capítulo de las Escrituras: comienza con y termina con la victoria que es nuestra!

El único lugar en que se encuentra la vida abundante es en Jesús. Si usted creía que podía hallarla por medio de viajar, o por medio de gastar, o por medio de construir, está equivocado. Solo se encuentra en Cristo Jesús.

Si algo me distingue es que adolezco de una insaciable curiosidad. Cuando tengo la oportunidad, dondequiera que vaya, deseo ver lo que hay allí. En un viaje a Lynchburg, Tennessee, no pude resistir prestar oído a las personas que hablaban acerca de la destilería de whisky de Jack Daniels, la más antigua de los Estados Unidos. Se nos dijo que había tanto whisky almacenado (siendo envejecido) en esa propiedad en Lynchburg, que si hoy se vendiera todo, a los precios de Tennessee, se vendería el equivalente a más de tres mil millones de dólares de whisky en ese lugar, tres mil millones de dólares. Me puse a pensar cuántos huesos rotos, cuántos corazones destrozados, cuántos hogares desintegrados y cuantos sueños frustrados estaban allí fermentándose en aquellos barriles de envejecimiento.

El mismo Jack Daniels nunca se casó. Abrió la destilería cuando tenía dieciséis años de edad. Encontró una cueva de la que manaba cierta agua especial, y dedicó el resto de su vida a hacer whisky de Tennessee. Era un hombre que tenía poco dominio de sí mismo. Un día por la mañana entró en la destilería, y como no pudo abrir el seguro, se enojó e hizo lo que cualquier hombre carnal haría: le dio una patada. El hecho es que se rompió el dedo gordo del pie, la gangrena tomó posesión, perdió su pierna izquierda, y al final, murió por haberle dado una patada al seguro.

Imagínese a la gente del mundo que vive para sí misma, que se pasan la vida no haciendo nada que valga la pena. Cuando llegan al final de su vida, no tienen nada que mostrar como fruto de los años que pasaron aquí.

Un día fui en búsqueda de la casa de David Lipscomb. Este nació el 21 de enero de 1831, justo en las afueras de Winchester, Tennessee. La antigua casa en la cual nació el hermano Lipscomb (construida en 1830), todavía está en pie. Si bien no está sepultado en el antiguo cementerio, otros miembros de su familia sí lo están. Me fui a bus-

car la antigua iglesia, el antiguo cementerio, y la antigua casa en los alrededores que formaron parte de la vida del hermano Lipscomb.

No deja de producir cierta tristeza un antiguo cementerio. Nos recuerda que todos morimos y entramos en el anonimato. Hubo un tiempo cuando en aquellos antiguos cementerios cuando la gente entraba en fila, enterraban a su ser querido, erigían un monumento, y decían: «Deseamos que nuestro ser querido sea recordado por siempre». Los vientos soplaban y las lluvias caían. Los elementos del tiempo hacían su parte. Pronto la piedra estaba quebrada, la inscripción se volvía ilegible, una grieta se hacía cada vez más grande en el monumento, una planta se abría paso por la grieta, y la piedra se partía en dos. Después de doscientos o trescientos años, todo el mundo entra en el anonimato.

Muchos anónimos se presentan incluso en la Biblia. ¿Quién fue el ladrón moribundo (Lucas 23.42)? No sabemos su nombre. ¿Quién fue el soldado que dijo: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios» (Marcos 15.39)? No lo sabemos. ¿Quiénes fueron las mujeres que, en la noche de la crucifixión, siguieron a José y a Nicodemo hasta el lugar donde fue sepultado Cristo (Lucas 23.55)? No sabemos los nombres de todas. ¿Quiénes fueron los setenta discípulos? Jesús llamó a setenta hombres, y les dijo que fueran a predicar a las ovejas perdidas de Israel (Lucas 10.1), pero, ¿quienes fueron ellos? Tarde o temprano, todos entramos en el anonimato.

Sin embargo, para el cristiano es diferente. Si uno ha vivido una vida abundante, uno puede usar las palabras de Pablo para expresar: «Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 8.38–39).

CONCLUSIÓN

La pregunta que necesitamos hacernos es esta: «¿Estoy yo en Cristo?». «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales *en Cristo*» (Efesios 1.3; énfasis nuestro). Si todo lo que va a importar trescientos años después de mi muerte estará en Cristo, es muy importante que me pregunte: «¿Estoy yo en Cristo?».

Si yo no estoy en Cristo, ¿cómo entro en Él? La Biblia responde en Gálatas 3.27: «... porque

todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos», y en Romanos 6.3: «¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?».

Un creyente que verdaderamente ama al Señor y desea dar a Este su vida, un creyente que está arrepentido, y se lamenta por su pecado, y está ansioso por tener la ayuda de Dios en el futuro, debe bautizarse en Cristo. Si usted tiene suficiente edad para estar perdido, tiene suficiente edad para ser salvo por la sangre de Cristo. ¿Está usted diciendo en su corazón: «Sí, yo deseo ser cristiano. No deseo que mi vida termine en nada.

No deseo ir a la eternidad sin tener nada detrás de mí y nada delante de mí, sino que deseo ser más que vencedor»? Haciendo otra traducción de las palabras de Pablo, podemos decir: «Deseo ser un hiper vencedor por medio de Jesucristo».

Jesús dijo: «... yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia». No es algo de lo cual simplemente hablamos. Es una realidad presente. Los cristianos que están esparcidos por todo el mundo no darían un día de la vida abundante a cambio de todas las riquezas de un multimillonario como J. Paul Getty. La vida abundante puede ser suya si usted la recibe.

Autor: Paul Rogers
© Copyright 2008 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados